

Biblioteca  Era

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)

ELENA  
*Poniatowska*

\* \* \* \* \*

**Ida y vuelta**

*Entrevistas*

Biblioteca  Era

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)

## DAVID ALFARO SIQUEIROS

.....

### *El Coronelazo*

#### **Un gigante en Lecumberri**

En la cárcel nadie duerme. Con los ojos abiertos en la oscuridad, cada uno piensa en su problema mientras que en el techo resuenan los pasos de los centinelas como martillazos en la cabeza. De las celdas, los pensamientos van subiendo tan tensos que sobre la Penitenciaría se concentran y se gasifican. No resultaría sorprendente ver un día al negro palacio de Lecumberri elevarse por los aires como un globo. ¡Y entonces los presos se irían al cielo y a los de “afuera” les costaría trabajo alcanzarlos!

Anoche, Siqueiros tampoco pudo dormir. Se quedó escribiendo hasta las dos de la mañana, a la luz de una vela (a las diez cortan la electricidad), una carta de treinta páginas refutando a un malvado alto funcionario. Anteanoche hubo tantos moscos que tuvo que poner una sábana como mortaja alrededor de la litera de mampostería a guisa de mosquitero. Y la noche anterior transcurrió pensando: “¿Cuándo saldré?” Hizo lo mismo que los tres mil hombres encerrados en la “Peni” que todas las noches desean su libertad con tal intensidad que se olvidan de dormir. Y todo es un dar vueltas en el lecho, un latir del corazón en los tímpanos y en la garganta, un contar los “¡Aleertaaaaas!” que se renuevan cada cuarto de hora hasta la madrugada. Después de todo el hombre es un animalito, un pobre animalito de costumbres, y si le quitan su casa no sabe dónde rascar el sitio para volver a acomodarse.

—Le voy a contar una cosa, Elenita. La segunda vez que estuve aquí, en 1930, tenía yo de amigo al “Tigre del Pedregal” (le decían así porque robaba en El Pedregal). Él no era un “conejo” (preso reincidente) sino un criollo, de grandes bigotes y ojos medio claros.

Ahora ya hay peluqueros, pero antes él pidió permiso para rasurar e iba por las crujías con una petaquita llena de navajas ofreciendo pelar al que así lo quisiera. Y él me rasuraba y me cortaba el pelo (yo lo hacía por ayudarlo), y un día mientras me afeitaba, me dijo: “A ver, amigo Siqueiros, usted que sabe tanto, dígame, ¿qué es lo último que se le olvida al pobre preso?” Como yo no repuse nada, él mismo se preguntó y se dio las respuestas: “¿Se le olvida su madre? Se le olvida su madre. ¿Se le olvida su padre? Se le olvida su padre. ¿Se le olvidan sus hijos? Se le olvidan sus hijos. ¿Se le olvida la mujer que es lo que más quiere, el cuerpo y el alma del hombre? Se le olvida la mujer que es lo que más quiere, el cuerpo y el alma del hombre. Entonces, ¿qué es lo que no se le olvida?, amigo Siqueiros, dígame...” Y él mismo repuso: “Pues muy sencillo. No se le olvida por dónde queda la puerta que da a la calle”.

Siqueiros se da una palmada en la rodilla: “Hay una tremenda filosofía, una tremenda lógica en todo esto, ¿verdad? Porque realmente, lo único que importa aquí, en la cárcel, es SALIR”.

### **Por cuarta vez encarcelado**

Pensé que lo primero que haría Siqueiros al llegar yo a verlo sería perorar contra el Artículo 145 del Código Penal: “Disolución social”; sobre los ferrocarrileros, su detención y su reciente encierro. Pero no: el pintor habla de la cárcel, del reloj que le robaron a fulano anteayer; de que Alberto Lumbreras del Partido Obrero y Campesino es muy “dulcero”, de Chucho el del teatro, de que está preso el que fue corneta del general Obregón, de los muchachos de la banda; en fin, como un pacífico portero, me comunica los hechos de la vida diaria de los presos, sus amigos: “Uno de ellos que andaba descalzo me pidió que averiguara yo qué es lo que había pasado con sus zapatos que hace tres meses debió de enviarle su mujer a través del abogado. Le dije a Angélica que investigara. ¡Imagínese usted nada más! ¡El abogado traía los zapatos puestos! ¡Así son estos condenados abogados!” Y sigue contándome cosas de la cárcel. En vano menciono las palabras “bienal”, “revolución”, “gobierno”: el maestro no reacciona. Es que la cárcel es un mundo aparte; redondo, se basta a sí mismo, y al cabo de un tiempo se crean entre los reos lazos estrechos, casi familiares.



Siqueiros y Elena Poniatowska en Lecumberri

—Había un preso que por su acento era hombre del norte, misterioso, no hablaba con nadie, barbudo, además. Era imposible conseguir que sonriera, pero en una ocasión en que choqué con él, creí adivinar una vaga sonrisa en medio de la pelambre aquella. Le hice la pregunta sacramental que se hace en la prisión: “¿Por qué está usted aquí?” Se le arrasaron los ojos de lágrimas y me dijo: “Yo quería a una mujer más que a la madre de mi madre, más que a toda mi ascendencia, más que a la sangre que nos circula por las venas, más que al aire que se respira, pero su familia no la dejaba salir conmigo. Por fin, un día, amigo Siqueiros, conseguí que aquella maravilla de mi existencia fuera conmigo al teatro. Junté todo el dinero que tenía y compré un palco para los dos solitos. Pero voy llegando al teatro, busco mi palco; sí, mi palco, aquí está mi palco, aquí está, sí éste es, lo abro, y el palco estaba lleno de ‘melitares’. Otra vez salgo para verificar. A lo mejor ése no era mi palco, a lo mejor me había equivocado. Abro el siguiente. ¡También estaba lleno! De nuevo examino los boletos, los veo bien a bien, de todo a todo, y sí, sí, correspondían a ese palco en el que estaban los ‘melitares’. Regresamos. Le digo a un capitán que estaba sentado hasta atrás, porque adelante había unos coroneles y creo que hasta un general: ‘¡Capitán! Este palco es mío’. ‘¡Cállese! ¡No haga ruido!’ ‘Pero capitán, es que este palco es mío.’ ‘¡Cállese le digo!’ ‘El palco es mío, capitán.’ ‘¡Que le digo que se calle!’ ‘¡Pero si el palco es mío!’ Entonces el capitán se levantó, me agarró de la solapa y a estrujones me sacó del palco. ¡Ay, amigo Siqueiros! Que eso me lo haga a mí solo y me bebo mis lágrimas de rabia, pero delante de aquella mujer que era lo único que tenía y le daba sentido a mi vida, delante de ella que era la razón de mi existencia, saqué la pistola y acabé con toditito el palco!”

Como me río, incrédula, Siqueiros recrimina grave:

—Si hubiera usted visto la verdad con que decía todo esto, la fuerza que había en ese hombre, no se reiría.

—Maestro, ¿cuántas veces ha estado aquí?

—Ésta es la cuarta. La primera fue en 1918, siendo militar. Vine a Lecumberri porque en esa época la multitud había incendiado la prisión militar de Santiago, y a nosotros nos tenían en la crujía A.

—Pero, ¿cuál era su delito?

—Un acto de insubordinación a un comandante de la policía.

Tenía yo veintidós años, ahora tengo sesenta y cuatro. Estábamos sentados alrededor de una mesa tomando cerveza, un poquito borrachos. Pero el que entró, un comandante, ése sí estaba totalmente ebrio. Nosotros cantábamos –Siqueiros se pone a cantar–:

*Tecolote de guadañaaaaaaaaa.*  
*Pájaro madrugadoooooor*  
*Cucurrucucú y cu y cuy*

Y el comandante, con eso de que a los policías les dicen tecolotes, se dio por aludido y de un puñetazo sobre la mesa hizo que toda la cerveza nos saltara a la cara. Yo le di con la culata de la pistola.

–¡Ay, maestro, qué bárbaro!

–Sí, eso es muy grave en el ejército. No debí de pelearme con él porque tenía un grado mayor que el mío. Simplemente lo hubiera llevado a la policía, pero al que llevaron no fue a él sino a mí. –Se ríe–. Aquéllos eran los tiempos de los bandidos del automóvil gris y de María Conesa.

–¿Y la segunda vez que lo encerraron?

–Fue en 1930, bueno parte de 1929 y 1930. Participé en la gran manifestación obrera del 1º de mayo de 1929, y hubo un choque muy violento entre los obreros y los motociclistas que trataron de disolver el mitin. Agarraron a varios y entre ellos a mí. Estuve preso durante un año y dos meses y salí absuelto después de un largo proceso.

–¿La tercera es la vencida?

–No. Estuve en 1940.

–¡Ah, es cierto! Por lo de Trotsky. ¿Usted quería matar a Trotsky?

–No. Nosotros queríamos llevarnos toda la documentación que había en su casa. Éramos treinta y en la casa de Trotsky había cuarenta pistoleros y policías armados que montaban guardia día y noche. Nosotros los atacamos de noche y conseguimos llevarnos la mayor parte de la documentación que allí tenía.

–¿Usted planeó el asalto?

–Los combatientes mexicanos que estuvimos en España durante la guerra juramos que obligaríamos al gobierno de México a expulsar a Trotsky, director del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), que en la guerra de España había dado una puñalada

por la espalda al Ejército Republicano en Barcelona, y por ello pensamos que nuestro asalto, al causar escándalo, obligaría al gobierno a adoptar esta medida.

–Pero, ¿usted no previó el asesinato de Trotsky? ¿No quiso usted su muerte?

–Yo soy enemigo del atentado personal porque el atentado personal siempre juega contra el partido o grupo que lo ejecuta. No tiene sentido. Él [Trotsky] había hecho un cuartel general de su casa y nosotros sabíamos que si él no tomaba la ofensiva, lo harían ellos, los trotskistas, apoyados por sus guardias norteamericanos. Lo nuestro fue un choque normal entre dos tendencias, como sucede todos los días. ¡Siempre ha habido dos tendencias!

–¡¡¡Un choque normal en que se asesina a un hombre por la espalda con un piolet!!!

–Sí, eso es pavoroso.

–¿A Jacques Mornard lo conocía?

–No. Jamás lo vi siquiera. También de ese proceso salí absuelto.

## **Macrina y la disolución social**

–Y ahora, en 1960, ¿por qué está usted en la cárcel, maestro?

–Vamos por partes. Primero, cuando llegó a la presidencia el licenciado Adolfo López Mateos, sucesor de Ruiz Cortines, yo, como miles de mexicanos, pensé que él, siendo de izquierda y vasconcelista, pediría a la Cámara de Diputados la derogación del delito de disolución social, pero no lo hizo. Segundo, ¿recordará usted el escándalo del banquete de Macrina Rabadán? Cuando Macrina llegó a la Cámara de Diputados, la izquierda le organizó un festejo y yo le pedí que lo utilizara para movilizar a la opinión pública en contra del delito de disolución social, pero no obstante haberse comprometido conmigo, ella guardó silencio.

–¿Y por qué no lo hizo?

–Porque quizá, personas como Enrique Ramírez y Ramírez y Luis y Leopoldo Arenal o Rafael Carrillo le indicaron que no debía hacerlo porque pensaban que aquel delito le hacía falta al gobierno. Cuando yo vi que ella simplemente agradecía el homenaje, me enfurecí y grité indignado: “¡Esto es inicuo!”, y rompí botellas.

–¿Cómo?



David Alfaro Siqueiros en Lecumberri

—¡Ay, Elena! Pues jalé el mantel y todo se vino abajo.

—¿Ésa es su forma de luchar contra el delito de disolución social, maestro?

—Llevo diecisiete años luchando de todas las maneras. Tercero, no obstante el clamor nacional de que se derogara, la Cámara de Diputados no quiso hacerlo, porque era un arma que iba a servir para la política oficial del gobierno. Cuarto, se utilizó precisamente el delito de disolución social para enjuiciar a los ferrocarrileros. Quinto, al combatir yo el delito de disolución social se llega incluso a cubrir el mural de la ANDA en el que pinté la represalia del gobierno contra el movimiento obrero.

—¡Y zas! ¡A usted también lo encarcelan! ¿Su delito? ¿Disolución social?

—Por eso le digo que merezco que se me considere como un luchador contra el delito de disolución social, contra el cual he hablado en decenas de mítines desde 1943, en que regresé de Chile, previendo lo que iba a suceder. Ya en el Sindicato de Telefonistas dije que había gran peligro de que ese delito creado para combatir al fascismo durante la II Guerra Mundial se convirtiera en un instrumento legal contra el movimiento obrero. Después de la represión al movimiento ferrocarrilero, di conferencias en las salas de la facultad de Leyes, de Economía, de Arquitectura, en la escuela de Bellas Artes de la Universidad y en la Sala Cervantes de la Escuela de Artes Plásticas del INBA. También incluí mi lucha contra ese artículo del Código Penal en una conferencia en el Palacio de Bellas Artes de la Habana y en la Universidad de Caracas. Considero ese artículo el más condenable de todos los que el gobierno tiene a la mano para reprimir a los trabajadores.

### **La ropa sucia se lava en casa**

—En mi libro *La historia de una insidia* explico claramente los motivos profesionales que me llevaron a La Habana y a Caracas. Los periodistas me preguntaron si en México había un parlamento o una cámara de diputados de sordomudos, si estaban representados diversos partidos o si sólo teníamos al PRI, que actuaba como una dependencia gubernamental. También me preguntaron si no había presos políticos ni libertad de prensa. ¿Qué quería usted que yo contestara?

–Maestro, si ese Artículo 145 del Código Penal no existiera, ¿habría presos políticos?

–Sí, pero algunos estarían libres bajo fianza.

–¿Cuáles son las sanciones del Código?

–El Artículo 145 fija penas de dos a doce años; por lo tanto, siendo el promedio seis años, no hay derecho a libertad bajo fianza o caución, porque este derecho solamente lo tienen los presos hasta las penas de cinco años. Ahora, mire usted, el licenciado Adolfo López Mateos nada tuvo que ver con la aprobación del Artículo 145 del Código Penal. Fue Manuel Ávila Camacho quien lo promulgó para reprimir las actividades del fascismo durante la guerra. Pero su sucesor, Miguel Alemán, lo amplió, con la aprobación de la Cámara de Diputados, hasta los doce años de pena, con objeto de que los acusados de ese delito no tuvieran el recurso de la libertad bajo fianza.

–En una democracia no debería haber presos políticos. Cada quien tiene derecho a su propia opinión.

–Ese artículo es una supervivencia de la Inquisición más fanática de la Edad Media y no tiene igual por su maldad jurídica en toda América Latina. Don Filomeno Mata y yo no estamos acusados de nada material, de nada físico, sino de transmitir ideas a control remoto a personas cuya existencia ignorábamos y cometer actos que nadie sabía si podrían producirse (me refiero a los incidentes de los días 4 y 9 de agosto), que fueron la consecuencia de la orden que recibió la policía de impedir por la fuerza una anunciada manifestación de maestros y estudiantes que no llegó a efectuarse, porque al saber profesores y estudiantes que no se permitiría dieron marcha atrás.

–Bueno, pero usted habló en público e hizo declaraciones que no son precisamente “simple transmisión del pensamiento”.

–El participar u organizar manifestaciones no está prohibido. Además, no soy el único que lo hace. Soy miembro fundador del Comité de Defensa de los Presos Políticos y las Garantías Constitucionales, del cual forman parte muchos otros intelectuales y artistas.

–Algunos se quejan de que sus ideas políticas son tan revoltosas y tan desordenadas como sus cabellos.

Debo advertir que en este momento Siqueiros trae puesta la cuartelera.

—Así serían si el Partido Comunista, del cual soy miembro, no me peinara periódicamente.

## La izquierda

—Y ¿por qué en vez de atacar continuamente al gobierno no se dedica usted a fortalecer a su partido? ¿Por qué no renovarlo? ¿Por qué anda tan mal la izquierda en México que hasta el PRI es de extrema izquierda?

—Atacar al gobierno no es la justa definición. Sería más exacto decir: discrepar teóricamente de la política del gobierno y expresarlo democráticamente usando para ello todos los derechos que concede la Constitución, y que deberían respetar los altos y los bajos funcionarios públicos. En cuanto a lo mal que están las izquierdas, esto se debe primordialmente a la política de conciliación con el gobierno que han seguido muchos de sus dirigentes más importantes. Con esto quiero decirle que son precisamente los enemigos de la clase obrera quienes se han encargado de dividir y de subdividir a los trabajadores revolucionarios por todos los medios que habitualmente tienen a su alcance. Pero esa división no puede ser más que transitoria. “La letra con sangre entra”, “los golpes enseñan”, y de ello se extraen experiencias. Créame que el porvenir es propicio para un cambio de situación.

—Pero el cambio de situación que más se desea es el advenimiento de la honradez: que los funcionarios públicos sean honrados, que los políticos no se enriquezcan, que los hombres en el poder no se vuelvan multimillonarios de la noche a la mañana, o por lo menos que inviertan en México y no en el extranjero. ¡Ésos sí que son traidores!

—Eso mismo le estaba yo diciendo, Elena. Quienes pretenden desviar y hacer oscuro el debate político fundamental en el México de hoy se empeñan en desviar la cuestión hacia la persona de López Mateos, y no se trata de eso. El hecho concreto es que la clase que hoy gobierna al país no puede ya históricamente resolver los problemas imperiosos de la vida económica, política y cultural de México. Su política básica de empréstitos, es decir de dependencia invariable del extranjero (léase Estados Unidos), tiene que conducir inevitablemente a la hipoteca de la nación y al empobrecimiento cada vez

mayor del pueblo, independientemente de la espectacularidad económica de periodos pasajeros, esto es, de aparentes periodos de elevación del nivel de vida de las mayorías.

### ***El Machete***

–Maestro, ¿y usted por qué se afilió al comunismo? ¿Qué le veía usted?

–Mi ingreso al Partido Comunista no fue circunstancial ni precipitado. Desde 1919, después del asesinato de Carranza, dado mi carácter de oficial del ejército agregado al servicio diplomático y consular en Europa, estuve obligado, en vista del cese que nos dieron a todos, a trabajar en Argenteuil, Francia, como dibujante en una herrería artística. Ingresé a la Confédération Générale Unitaire de Francia, donde tuve contacto con muchos de los dirigentes comunistas de esta organización sindical. Posteriormente me hice miembro del Partido Comunista en México, cuando trabajé para el periódico *El Machete*, su órgano oficial.

–¿Éste es el periódico que crearon usted, Orozco, Rivera y Xavier Guerrero?

–Sí. En 1923 se creó el Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios de México, y la Cooperativa de Producción de Pintores y Escultores Francisco Eduardo Tresguerras, un arquitecto, pintor y escultor de fines del siglo XIX. ¿Qué nombre más largo, verdad? *El Machete* nació como vocero de los pintores, escultores y grabadores de México, y su primer cuerpo de redacción lo constituimos con el nombre de “comité de redactores” en el orden en que apareció impreso: David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera y Xavier Guerrero. Yo he afirmado que con esa publicación se inició nuestro contacto directo e ideológico con el movimiento obrero mexicano. A ello se debe también que muchos de los pintores hayamos sido más tarde dirigentes sindicales.

–Pero no me dijo usted qué es lo que veía en el comunismo.

–Vi en él la doctrina política destinada a transformar la sociedad humana y a liberarla de las diversas formas de explotación del hombre por el hombre. La vislumbré como una organización de todos los hombres para todos los hombres, fundada sobre bases científicas y técnicas de la más perfecta y democrática centralización.

—¡La suya es una respuesta retórica, maestro!

—Desde luego, vi una plataforma política destinada a independizar a mi patria de la hegemonía imperialista.

—Sin embargo, a mí me asombró mucho ver cómo vive usted. Su casa en la calle de Querétaro...

—En efecto, mi casa de Querétaro número 150 es de estilo porfiriano, como todas las construidas en la misma época, pero no me la regaló ningún heredero del porfirismo ni ningún rico del neoporfirismo a cambio de mi silencio o de mi inactividad en materia política. La compré después de un trabajo profesional como pintor que abarca un periodo de casi cincuenta años. Es, por lo tanto, una obra de mampostería en la que se usó para la mezcla el sudor de mi frente en vez de agua. Ahora, después de más trabajo y de más sudor de mi frente, vivo en una casa más elegante aún, en una calle que se llama nada menos que Tres Picos, en la colonia Rincón del Bosque, donde viven los Bernal, los Braniff, los Cortina, los Alemán.

A propósito de la elegancia de Siqueiros, en la primera crujía en que estuvo, la C, metieron preso a un francés y Siqueiros se puso a hablar con él. Un “conejo”, asombrado, fue a preguntarle a otro reo más ilustrado qué era eso que hablaban y le dijo que era francés. Entonces el “conejo” se dirigió a Siqueiros: “Oiga usted, señor Siqueiros, ¿es verdad que habla francés?” “Sí.” “Entonces, ¿por qué hijos de la tal por cual está usted preso?”

Para el “conejo”, el sinónimo de culto es rico, y ¿cómo es posible que un rico esté encerrado? Al otro día, otro “conejo” llamó a Siqueiros a través de la reja: “¡Venga asté pa’ca!” “¿Yo?” “¡Que le digo que venga asté pa’ca!”

Ya cuando el pintor se acercó le dijo: “Anoche me pasé toda la noche ‘licando’ [pensando]. A ver. ¿Asté está preso por sus ideas ‘poléticas’? Porque asté ni usa la ‘fusca’ [la pistola], ni mete las ‘vaisas’ [las manos], ni explota a las ‘jamas’ [mujeres]. Yo que asté le iba y le decía al señor ‘diretor’: Señor diretor, esas ideas ‘poléticas’ ya se me jueron de la cabeza. Y como asté tiene muy buen ‘perico’ [sabe hablar] empieza asté a echar perico, de día y de noche, a todas horas, echa asté perico y llega asté a diputado. Ya cuando asté sea diputado sigue echando perico y duro con el perico y adelante con el perico y llega a senador y en todo momento, perico y perico y más perico, y llega asté a la Presidencia de la República. Se sienta en la

silla presidencial y cuando calcula asté que ya no lo tumba la burra [que ya no le quitan el puesto] entonces grita: ¡Hijos de la tal por cual! ¡Viva el comunismo!”

Siqueiros comenta: “Bueno, ésta es una verdadera lección de estrategia”.

### **Peligro: armas en 1960**

—Señor Siqueiros, perdone que insista, pero en varios diarios el procurador López Arias declaró textualmente el 24 de septiembre: “Existen pruebas de que Siqueiros incitó a una revolución armada”. Dice también que su delito no es el de disolución social sino el de insurrección. ¿Es cierto que tenía usted armas en su casa de Tres Picos?

—Eso no es verdad —se ríe—. Si las tuviera, no estarían en Tres Picos, sino en el Pico de Orizaba. Estas armas están en el pico de muchas gentes (desgraciadamente algunas de origen izquierdista) que hacen el papel de provocadores al servicio, no muy gratuito, del gobierno.

—¿Entonces no es cierto?

—¡Pero cómo va a ser cierto! López Arias dijo algo más: declaró que la Procuraduría tenía como pruebas de tal afirmación mi discurso de Torreón y mi intervención en el congreso de julio por la libertad de los presos políticos. Mi discurso de Torreón, terriblemente mutilado, por incapacidad de la gente que lo tomó taquigráficamente, se encuentra en mi expediente, y en él no hay absolutamente nada que pueda significar una invitación a la revuelta armada. En lo que respecta a mi intervención en el Segundo Congreso, si el señor procurador lo tiene en su poder, ¿por qué no lo ha agregado al expediente? La verdad es que en dicha intervención yo señalé las diversas agresiones criminales que han cometido los gobiernos contra el movimiento obrero en los últimos veinte años y la impunidad de que gozan los que cometieron tales fechorías. ¿Dónde está Maximiliano Ochoa, el que ordenó la masacre de obreros bajo el régimen de Ávila Camacho, en la propia casa del presidente? ¿Dónde están los responsables de los ataques de Ruiz Cortines? ¿Dónde están los que mataron a Montemayor? Los gobiernos han asesinado y expulsado a muchos miembros del movi-

miento obrero y, sin embargo, nunca se les ha acusado de homicidas, ni siquiera de perturbadores. Yo le propongo al procurador que pase por radio la grabación de mi discurso, a ver si hay algo en él que incite a levantarse en armas.

## La Revolución

—¿Y por qué no pinta a los presidentes y sus ministros con las manos metidas dentro del tesoro nacional y a los granaderos echándose encima de la gente?

—Como usted me ve en la cárcel me quiere meter “más pa’ dentro”, ¿no? —ríe—. Pero ya verá, todavía habrá tiempo de pintar eso.

—Maestro, sé que siendo usted muy joven se incorporó a la Revolución. ¿Qué lo impulsó?

—En 1913 participé en la conspiración obrera contra el usurpador Victoriano Huerta. En 1914, me incorporé al Ejército Constitucionalista con el grado de soldado, en Acaponeta (soy de Chihuahua). Entonces era yo estudiante en Bellas Artes y tenía diecisiete años. Permanecí en el ejército cinco años (el último con mi sueldo de capitán, en Europa), de 1914 a 1919, los años más violentos de la guerra civil.

—¿Por eso le dicen “el Coronelazo”?

—En México llegué hasta el grado de capitán segundo. Fui oficial del general Manuel M. Diéguez [general de la División del Noroeste, al mando de Obregón], que ocupó más tarde el mando de la División de Occidente. El general Diéguez era uno de los dirigentes más importantes de la huelga de Cananea.

—¿Por eso en su mural de Chapultepec pintó usted la huelga de Cananea?

—Espere un momento. En el mural pinté a Diéguez, a Plácido Ríos que todavía vive y al general Vaca Calderón. Son las tres figuras centrales que condujeron al primer cadáver a la gerencia de la compañía.

—En Chapultepec, pegadas con chinchetas en la pared, vi muchísimas fotografías amarillentas de personajes que usted pone en su mural. Hay varias de María Conesa.

—Sí. El mural de Chapultepec está compuesto de cinco secciones; una de ellas totalmente concluida; tres más, concluidas en un

setenta por ciento, y el resto en esquema. La primera representa a la oligarquía porfiriana; la segunda, la huelga de Cananea como símbolo de todas las luchas obreras y populares de las postrimerías del Porfiriato; la tercera, el pueblo en armas o sea el periodo armado de la Revolución mexicana. La última, el aspecto civil de la Revolución. Tanto en la primera como en las demás se ha incluido el mayor número posible de personajes reales, además de Porfirio Díaz. Aparecen Victoriano Huerta, Limantour, Landa, Escandón, Pineda: los que, como decía graciosamente Diego Rivera, se vestían en México de acuerdo con el clima que había en Londres. Ellos no eran rastacueros mexicanos en París sino rastacueros parisienses en México –ríe–. En la segunda zona pinté personajes como Flores Magón y Gutiérrez de Lara, y en la siguiente, Madero, Carranza, Zapata, Villa, Felipe Ángeles, Alvarado, Calles, el Chamaco Buelna. En los aún no bocetados haré la apología de los caudillos que dieron vida a la Constitución de 1917.

–Maestro, sigamos con la Revolución. Usted combatió primero contra los federales y después contra los villistas, ¿verdad? ¿Cuál es el hecho de armas más importante en el que participó?

–Los más importantes: la toma de León, la cuesta de Sayula, las dos tomas de Guadalajara, el “albazo” [atacar al alba] de Guadalajara, la campaña de Sonora, la toma de Aguascalientes, el combate de Lagos de Moreno, la campaña de Chihuahua, el recorrido de Jalisco a Sinaloa. Ésas son las operaciones de mayor envergadura: batallas en las que participaron veinticinco, treinta mil hombres y más.

Mientras platicamos llega el director de la Peni, general Carlos Martín del Campo, al polígono. Siqueiros, que está haciendo la escenografía de *Licenciado, no te apures*, escrita por Rolando Rueda de León y actuada por los presos, en la que participan activamente el poeta colombiano Álvaro Mutis y Jesús Sánchez García, le cuenta al general no sé qué de paneles con bisagras, biombos desmontables y botes de pintura. Al decir algo de triplay y de madera necesaria para los paneles, declara en voz fuerte: “¡Es un pequeño regalo que yo les hago a los muchachos del teatro!” Y me echa un vistazo para ver si tomo nota. Por lo visto Siqueiros no ha leído aquello de que “no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha”, porque todos están enterados del menor de sus movimientos. Después el general cuenta:

—Aquí está aquel muchachito que fue corneta del general Obregón. Lo tengo comisionado en la cocina. Por su nerviosismo produjo una confusión al tocar la diana en vez del toque que correspondía, y esa confusión fue definitiva. Entonces era un niño que apenas se detenía en el caballo. Mi general Obregón lo relata en su libro *Ocho mil kilómetros en campaña*.

### **Orozco, un muchacho formal**

Una señora de pelo blanco, vestida de negro, entra al polígono. Es la mamá de Hugo Izquierdo. Martín del Campo se levanta para saludarla y nosotros continuamos.

—Entonces, ¿a Orozco y a Rivera los conoció usted después de la Revolución? ¿Cómo es que coincidió usted con ellos en sus ideas pictóricas y políticas?

—Mi contacto con José Clemente Orozco se produjo en 1911, al principio de la Revolución, en la que él también participó como dibujante del periódico del ejército, *Vanguardia*, que dirigió el Dr. Atl. Nos conocimos siendo él miembro del Comité de Huelga y yo participe activo en el equipo de las “pedradas”. En 1911 tenía yo quince años y era alumno de la escuela preparatoria de día y nocturno en Bellas Artes. Dos años más tarde (principios del 13) recibí mi primera ovación. ¿Quiere usted que se lo cuente? Los estudiantes huelguistas irrumpimos violentamente en la Secretaría de Gobernación cuando Rodolfo Reyes, hermano de Alfonso, ocupaba ese cargo, y entonces el secretario de Gobernación, aterrorizado por la avalancha, pretendió tocar un timbre pidiendo auxilio, y yo, siendo casi un niño le detuve la mano. Entonces los estudiantes me hicieron un sonoro aplauso. Ésta es la primera manifestación de solidaridad popular que recibí.

—Pero con todo esto no me ha dicho usted nada de José Clemente Orozco.

—Era mi jefe entonces. Debe haber tenido doce años más que yo. Él ya era un muchacho formal y no me pudo haber hecho mucho caso que digamos. ¡Pero siento que a partir de entonces fuimos grandes amigos!



Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros

### Diego Rivera y Lucas Juárez

—En 1909, mi padre me dijo: “Por allí viene de Europa el pintor Diego Rivera precedido de gran fama” (así hablaba mi papá). “Sería conveniente que tú le enseñaras tus dibujos para que te dé una opinión.” En esa época yo estaba dedicado fundamentalmente al beisbol; para mí era más importante ser un Lucas Juárez [pitcher] que un Tintoretto. Sin embargo, abrí y cerré cajones para encontrar pequeñas obras mías que mostrarle al maestro. Al día siguiente fui a la exposición de Rivera, precisamente cuando éste se encontraba rodeado de algunos periodistas. Rivera vio mis dibujos y me hizo grandes elogios. Incluso fueron publicados al día siguiente por los periodistas presentes. Mi padre me preguntó cómo había estado el encuentro con Rivera y me pidió: “¡Déjame ver lo que le enseñaste!” Se los mostré: “¡Pero qué bárbaro! Si éstos no son tuyos. Son de tu primo Enrique”. Un primo de Chihuahua, Enrique Muñoz Lumbier Siqueiros, de paso en México, a quien le gustaba hacer acuarelas. A lo mejor si le enseño los míos a Rivera no le gustan. He usado

mucho esa anécdota para explicar lo que significa el gravísimo problema de idealizar las obras de los niños prodigio, ya que así le fui presentado a Rivera, que alabó acuarelas ajenas.

—Y ya cuando usted, Orozco y Rivera se unieron, ¿cómo gestaron ese movimiento pictórico que revolucionó la pintura mexicana?

—En 1921 elaboramos Rivera y yo un manifiesto publicado en la revista *Vida Americana* que yo edité en Barcelona. Después vino la ejecución casi simultánea de los murales de los tres en la Escuela Nacional Preparatoria: el de Diego en el Anfiteatro hoy llamado Simón Bolívar, el de Orozco en el patio grande y el mío en el llamado “colegio chico”. Conviene recordar que al mismo tiempo que nosotros iniciaron ese movimiento Xavier Guerrero, Fermín Revueltas, Ramón Alva de la Canal, Jean Charlot, Fernando Leal, Emilio García Caero, con nuestros respectivos ayudantes, Pablo O’Higgins, Rina Lazo y otros.

### **Comandante en España**

—Y para descansar de la Revolución y de la pintura, ¿salió usted a combatir a España? ¿Por qué se fue?

—Por mi voluntad de ayudar al pueblo español, “en bola”. Quería fundar allá talleres plástico-gráficos de agitación y propaganda en favor del Ejército Republicano español en armas. Quienes me impulsaron fueron Rafael Alberti y María Teresa León. Me llamaron porque había pintado a María Teresa cuando ambos pasaron por Nueva York para ver mi taller experimental. En España encontré a muchos mexicanos, entre ellos a Juan B. Gómez, Ruperto García Arna y Félix Guerrero Mejía, que iban a incorporarse al ejército. También allá un día me topé con Fernando y Susana Gamboa, Juan de la Cabada y Silvestre Revueltas, el músico.

—¿Y con Octavio Paz?

—Él no luchó en el Ejército Republicano, pero asistió al Congreso de Intelectuales en Valencia con su mujer Elena Garro y María Luisa Vera. Los escritores no combatían porque no eran militares. Asistían a congresos de artistas e intelectuales. El pintor Antonio Pujol, por ejemplo, sí combatió activamente. Fue tanquista. Los escritores no. No es un reproche ni mucho menos: su papel era otro, y según Elena Garro a Octavio Paz le enloquecían los bombardeos,

le parecían un magnífico espectáculo. Tenían otras cosas que hacer. Pero déjeme contarle de mis batallas. Un día me gustaría enseñarle todos mis certificados de España, porque es lo que guardo con más cariño. A María Teresa León y a Alberti les escribía yo contándoles de mis ideas sobre la defensa activa en profundidad que comparaba yo con las técnicas pictóricas. Con eso hice mis primeros pininos literarios. Mi participación en el Ejército Republicano español es la siguiente: primero fui oficial de enlace del comandante Líster en el frente de Madrid, posteriormente oficial de enlace del comandante Modesto en las operaciones del Pingarrón y La Maraños, en el mismo frente. Mi participación entonces fue con el grado de comandante [mayor]. Después se me dio el mando de la 82 Brigada Mixta que operó en el frente de Teruel...

—¿Con Malraux?

—Bueno, Malraux y yo éramos grandes amigos pero él era aviador y yo jefe de infantería.

—Y ahora que Malraux vino a México usted no asistió a ninguno de los actos públicos porque no está de acuerdo con su actitud frente a Argelia.

—Sí. Se me invitó a cuanto hubo, y no fui por eso. El día de la comida en Chapultepec, yo estaba pintando y Malraux bajó a verme al mural. Entre las operaciones ofensivas en ese frente debo mencionar la toma de Celadas. Poco después comandé una combinación de brigadas (secciones de carabineros) teniendo por base la misma 82 Brigada Motorizada en el frente de Extremadura. Participamos en diversas operaciones ofensivas y defensivas en la Sierra de Córdoba, en la Sierra del Caballón, para llegar hasta el Tajo, frente a Toledo. Entre las acciones más importantes está la de la Granja de Torre Hermosa, operación que yo comandé con el carácter de jefe de la 46 Brigada. Al producirse el corte que llevó a los franquistas hasta el Mediterráneo, las unidades bajo mi mando quedaron en la parte más honda del territorio dominado por los republicanos, hasta el puente de Guadalupe hacia Cáceres.

—Cuando habla usted de Brigada Mixta se refiere a hombres y mujeres.

—¡No! —ríe—. Cuando digo “mixta” me refiero a infantería y caballería, tanques, caballos, etcétera.

## La Bienal

–Por último, hablemos de la Bienal porque me matarían si no tratase usted ahora ese tema.

–Lo que los críticos todavía no se han atrevido a decir es que una exposición abstraccionista, de cualquiera, inclusive de los mejores en México, debe necesariamente ser un fiasco.

–¿Por qué?

–Porque en México se produce el contraste con el gran movimiento de arte social realista que aquí ha triunfado. El público se encarga de hacer notar la profunda diferencia, tanto en el valor intrínseco de ambas tendencias como en el valor intrínseco de las obras que componen en particular a las dos corrientes.

–El público no quiere que le den gato por liebre.

–El público tiene que haberse preguntado: “Este arte inocuo desde el punto de vista del contenido, limitado desde el punto de vista de la técnica, reducido al máximo en la función, ¿puede compararse con un arte humano y vivaz, elocuente en el contenido, de gran impulso en la forma, novedoso en la técnica y con una función histórica trascendente?” En este sentido puedo afirmarle que esta Bienal es una victoria cerrada para el movimiento muralista mexicano. ¿Quién puede poner en duda, por otra parte, que la corriente abstraccionista a la vez que el arte figurativo inocuo ha sido propiciada precisamente por el departamento de Artes Visuales de la OEA y, por lo tanto, por la corriente artística que anima el State Department de Washington? Pero para qué hablar de pintura ahora, Elena. Para mí el problema fundamental es político.

–Pero, ¿qué piensa usted de los jóvenes abstractos que antes lo atacaban furiosamente y ahora firman manifiestos pidiendo su libertad?

–Bueno, pues han cumplido honradamente con un deber de solidaridad profesional. Yo habría hecho exactamente lo mismo. Nuestras diferencias no deben de ninguna manera impedir una acción conjunta en las luchas políticas del pueblo de nuestra patria.

–¡Otra vez habla el orador! ¿Qué opina usted de la pintura que hacen?

–El hecho de que hayan cumplido con un deber no implica de ninguna manera que yo deba modificar mi opinión sobre la orien-

tación y valor de sus obras, como tampoco significa que ellos modifiquen su opinión sobre la mía.

–Entonces, apenas salga usted, ¡otra vez a pelearse!

–Mire, Elena, es más inmoral encarcelar injustamente a un sabio que encarcelar a un no-sabio, porque en el caso del sabio no sólo se lesionan los derechos humanos sino los derechos de creación. En el caso de un pintor creador y de una persona no creadora, al encarcelar al segundo sólo dañan su vida física y con ello su moral individual. En el primer caso dañan todo eso y también su creatividad.

### **Dos opresiones**

–Entonces, ¿el espíritu del creador es más valioso que el del común de los mortales?

–No he dicho eso. Todo artista tiene derecho a que se respete su obra. En el caso de mi mural en la ANDA no me encarcelaron a mí, sino encarcelaron mi obra. Qué haría usted si tuviera el manuscrito único de una novela, Elena, y se lo arrebataran gritándole: “¡Esto no lo vuelve usted a ver!”

–Para usted el artista es inmune.

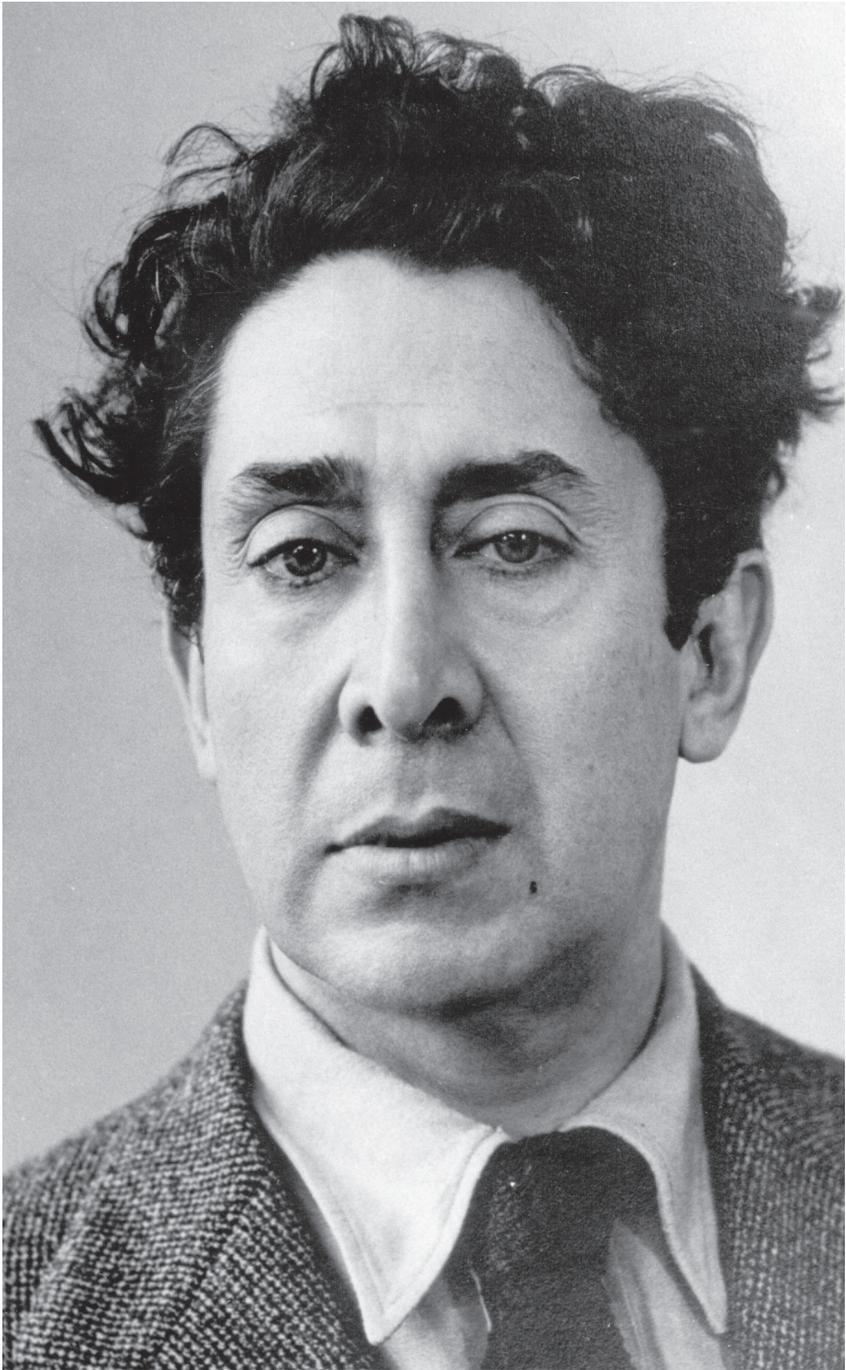
–No, pero en su caso se conciben dos opresiones, sobre todo cuando se trata de un muralista, porque ni modo que se trasladen los murales a la cárcel...

*Novedades*, octubre de 1960

\* \* \*

### **EL HOMBRE POLIEDRO**

Será mitotero, dirá que no dijo lo que dijo, hará lo que dice que no hizo, será revoltoso, armará escándalo y medio, contará mentiras, meterá a todos en líos, argüendero, chismoso, atrabancado, colérico, desaforado: David Alfaro Siqueiros es, sin embargo, el de mayor envergadura entre los artistas mexicanos de hoy. Ninguno con esa talla, ninguno grita tan alto, ninguno se avienta tanto, ninguno se la juega, ninguno se entrega a una causa de esa forma



tan descarnada y tan dolida como este “Coronelazo”, llamado “grande” por ser uno de los “tres”.

El hombre poliedro, mural andante y rostro poliangular, impuso la perspectiva múltiple para que el muralismo pueda apreciarse desde diversos puntos de vista mientras el espectador se mueve, tal y como lo había visto en el cine, en la fotografía, sus mayores fuentes de inspiración. Impactante para el mundo, América Latina, Estados Unidos, Europa, la intersección de sus rectas sobrepasa sus cuadros monumentales y cimbra a sus seguidores, entre ellos a Jackson Pollock.

José de Jesús Alfaro Siqueiros nació el 29 diciembre de 1896 en Santa Rosalía Camargo, Chihuahua. Inquietante como el desierto, a los once años hizo una copia de “La Virgen de la Silla”, de Rafael. Ingresó como alumno a la Academia de San Carlos donde adquirió sus primeros compromisos políticos ligados al arte, al apoyar la huelga de 1911 que se proponía cambiar los métodos porfiristas de enseñanza. Bajo la influencia del Dr. Atl, se enlistó en el Ejército Constitucionalista y obtuvo el grado de capitán segundo. Continuó haciendo retratos al óleo y acuarelas. De su intervención en la lucha revolucionaria dijo: “Sin esa participación no hubiera sido posible concebir y animar más tarde, en toda su integridad, el movimiento pictórico moderno”.

En la década de 1920 se gesta el Siqueiros que conocemos y al que sus amigos llaman David. Es su primera esposa, Graciela Amador, quien le da el nombre, y así lo recrea, lo inventa, lo da a luz y define con su destino. Hombre vivo al fin, se interesó por dos revoluciones que le llegaron profundamente: la mexicana y la rusa. La expresión cruda del cine de Eisenstein y los ritmos libres y cambiantes al azar del jazz influyeron en él. Son los años de los *billboards*, del cubismo, de las redes de Mondrian, de las máquinas de Duchamp, de Man Ray: una época experimental y sin miedo. En 1921 publica el primer número de la revista *Vida Americana* en Barcelona y firma el artículo “Tres llamamientos de orientación actual a los pintores y escultores de la nueva generación americana”. Regresa a México en 1922 a instancias de José Vasconcelos, secretario de Educación Pública, para unirse al movimiento muralista mexicano. Pinta su primer mural en el Ex Colegio de San Ildefonso. Un año después ingresa al Partido Comunista Mexicano (PCM); es miembro fundador y secretario general del Sindicato de Obreros, Técnicos, Pintores y Escultores.

Crea, junto con Diego Rivera y Xavier Guerrero, el periódico *El Machete*, órgano difusor de las ideas comunistas. En 1925 es nombrado presidente de la Liga Antiimperialista de las Américas y se dedica a la actividad sindical. La poeta uruguaya Blanca Luz Brum se convierte en su segundo gran amor, y ambos viajan por Europa y América Latina.

En la década de 1930, Siqueiros es el hombre-grito, el hombre-bandera, el hombre-antorcha, el hombre-protesta. No sólo pinta, hace escuela, forma discípulos y crea obras monumentales. En 1929 es expulsado del Partido Comunista Mexicano por indisciplina, y sufre el segundo encarcelamiento que dura seis meses y que se convierte en arraigo domiciliario en Taxco, Guerrero, donde pinta sin cesar. Para salir tiene que pedir permiso al presidente municipal y a la comandancia militar de la zona. Temperamental, desobedece y expone en el Casino Español de la Ciudad de México. Le sugieren salir del país y sobreviene el primer exilio voluntario. Viaja a Nueva York, donde inicia su Taller Experimental y Laboratorio de Técnicas Modernas en el Arte, el “Siqueiros Experimental Workshop” de la Calle 14 de Manhattan, en el que descubre el “accidente controlado” en la pintura. Uno de los discípulos que alcanzarían fama notable fue Jackson Pollock, con quien estuvo a punto de ahorcarse en una fiesta que le organizaron los miembros del taller poco antes de que viajara a España para incorporarse a las brigadas del ejército popular español.

Sus respuestas no daban lugar a réplica alguna; hasta el conversador más osado se veía en aprietos ante esa lengua flamígera y beligerante. Sin embargo, eso no le impidió ser amigo de grandes personalidades del mundo: Pablo Neruda, Rita Hayworth, Salvador Allende. En esta época fructífera y vital, produce “Autorretrato”, “El sueño”, “El sollozo”, “El caracol”, “Etnografía”, hoy en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. En los cuadros pueden apreciarse trazos geométricos, el dibujo es fluido y arrebatado, oscilan entre el barroco y el romanticismo. Pinta en el Sindicato Mexicano de Electricistas de la Ciudad de México “El proceso del fascismo”, mural que ocupa tres muros y el techo y que reafirma su compromiso ideológico y su extraordinaria fuerza pictórica.

Resuelto a vivir hasta sus últimas consecuencias, se casa con Angélica Arenal, su tercera mujer. Por haber participado en el aten-

tado contra el ideólogo León Trotsky el 24 de mayo de 1940 es enjuiciado, pero con la ayuda del poeta Pablo Neruda logra exiliarse en Chile, y allá pinta un mural en la Escuela México de Chillán al que tituló “Muerte al invasor”. Era la primera vez que disponía de un espacio suficiente para expresar sus ideas. Neruda escribió:

Aquí te dejo, con la luz de enero,  
al corazón de Cuba liberada,  
y, Siqueiros, no olvides que te espero,  
en mi patria volcánica y nevada.

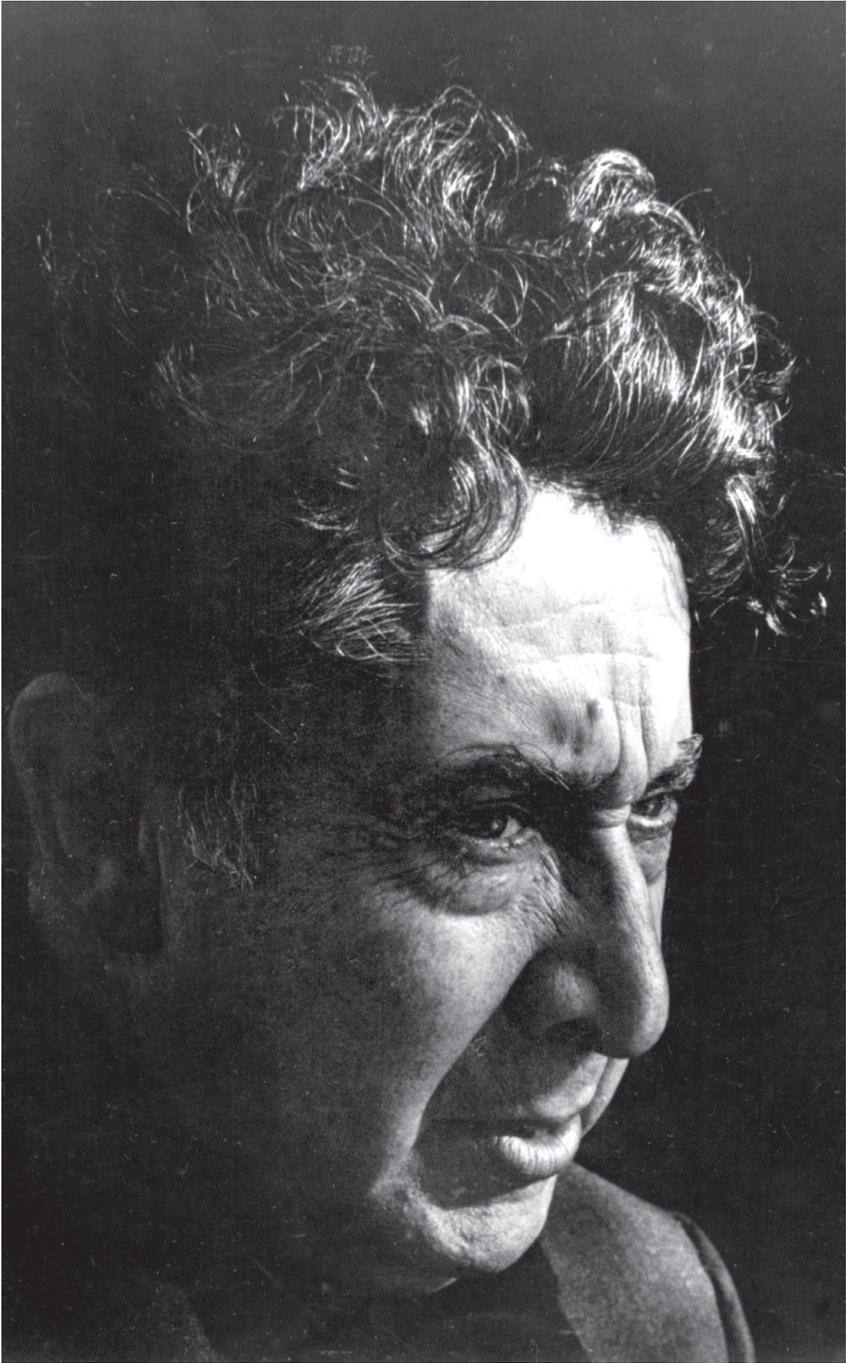
He visto tu pintura encarcelada  
que es como encarcelar la llamarada.  
Y me duele al partir el desafuero!

Tu pintura es la patria bienamada.  
México está contigo prisionero.

Viajó por toda América Latina: Argentina, Perú, Ecuador, Colombia, Panamá y Cuba. En cada sitio dio a conocer su más reciente manifiesto: “En la guerra arte de guerra”. Siqueiros regresó a México y en 1944 publicó “No hay más ruta que la nuestra”. Pintó “Cuauhtémoc contra el mito” otorgándole al héroe otra dimensión. Es el Cuauhtémoc que se yergue sobre su historia para romper tradiciones y resistir cualquier invasión futura.

En 1947, expone en Bellas Artes “Nuestra imagen actual”, “Agonía del centauro colonial”, “El diablo en la iglesia”, “Retrato de Angélica”, “El Calabazas”, “Pedregal con figuras”, entre otras pinturas. Siqueiros ya es escuela, sus rasgos pictóricos son inconfundibles: superficies inmensas, materiales modernos, piroxilina, vinelita y silicón; usa herramientas como la cámara fotográfica, el proyector eléctrico, el aerógrafo, el lineógrafo, su estilo es post-barroco.

En 1960, el presidente Adolfo López Mateos, antes vasconcelista y hombre de izquierda, encierra en la cárcel preventiva de Lecumberri no sólo a los ferrocarrileros seguidores de Demetrio Vallejo sino al propio Siqueiros, acusado de disolución social y de denostarlo en América del Sur por la situación política y social del país. Era la época en que al señor presidente no se le podía tocar



ni con el pétalo de una rosa, y quien lo criticara era considerado traidor a la patria.

Tres mil hombres presos en el Palacio Negro no dormían; el pintor tampoco: paseaba de un lado a otro de la celda, ora piensa en la libertad, ora refuta la palabrería de los políticos, ora contiene la respiración e imagina los colores que ha de llevar su próximo mural. Es la cuarta vez que Siqueiros está en Lecumberri: la primera por insubordinación ante un mayor cuando era militar, la segunda por participar en la manifestación obrera de 1929, la tercera por el caso Trotsky y esta vez por orden de López Mateos.

Siqueiros, al salir indultado el 13 de julio de 1964, a los setenta años, vive la reivindicación y el reconocimiento de su propio país y del mundo entero: en 1966 le otorgan el Premio Nacional de las Artes en la categoría de Artes Plásticas; la Unión Soviética lo invita a la celebración del cincuentenario de la Revolución de Octubre y le otorga el Premio Lenin de la Paz. Publica el mensaje “A un joven pintor mexicano”. México se rige bajo la “política de conciliación nacional y unidad”. Por decreto presidencial se funda la Academia de las Artes, siendo Siqueiros su primer miembro, y en 1969 inaugura en su casa de la colonia Polanco la Sala de Arte Público, que posteriormente llevaría su nombre.

Activo hasta el final de sus días, su última declaración fue: “Tengo muchos proyectos que realizar, todavía no he terminado mi trabajo en la tierra, siento que me falta tiempo”.

David Alfaro Siqueiros murió de cáncer el 6 de enero de 1974 en su casa de Cuernavaca, Morelos. Fue sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Autor de mil doscientas obras de caballete y treinta y dos murales en México y el extranjero, después de muerto todavía hace ruido: en su décimo aniversario luctuoso, Mario Orozco Rivera, su alumno predilecto, propuso el mejor homenaje: “tomar los muros” para celebrar el centenario de su nacimiento. *El Gallo Ilustrado* recordó las líneas de un poema que le hizo Paul Éluard:

Trabajando para todos los demás soy libre  
 pues me sé en la luz de cada uno  
 y las fronteras de mis manos se agitan más  
 que aquellas que la tierra sepulta y que se olvidan. ➤